SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

Era verano y hacía mucho calor. Éramos una comunidad joven que queríamos ver la salida del sol y subimos al monte la tarde anterior, para que no fuera tan duro. A pesar de nuestra juventud sentimos la dureza del caminar cuesta arriba: el camino se nos hizo una parábola de lo que es vivir el evangelio en comunidad: apoyarnos, partir del otro, “estirar” de quien ya no puede más…

La montaña es lugar de encuentro con Dios. Jesús oraba a menudo allí solo. Esta vez subió con sus discípulos más cercanos ¿Qué quería Jesús que “vieran” y “oyeran”?

A través de los sentidos experimentaron quién era la luz y a quién debían escuchar. Habrían querido perpetuar aquel momento pero la experiencia era para el “camino” así que Jesús les pidió que no lo contaran a nadie. Los demás no lo habrían entendido. Toda la vida de Jesús: su enseñanza, sus curaciones cobraba sentido desde esta experiencia. También su empeño en liberar a las personas del yugo de la Ley y mostrarles el auténtico rostro de Dios.

Nosotras vimos salir el sol, duró poco; al poco tiempo de salir las nubes lo cubrieron pero la luz que “vimos” nos llenó el corazón. Había merecido la pena tanto esfuerzo a pesar de que no tuviéramos evidencias.

Bajamos en silencio, había mucho que rumiar. Abajo esperaba el resto, que no había visto ni oído.

“¡Tanto esfuerzo para nada! Hoy no ha salido el sol”, nos dijeron… Y sin embargo, nosotras supimos y gustamos lo que habíamos experimentado.

Por eso nuestro compromiso es vivir La Buena Nueva del evangelio que tiene que ver con lo que hemos visto y oído, de ahí que la Cuaresma sea un tiempo para aprender a mirar como Jesús y a escuchar como El.